

Dimensión Descolorida

Francisco Rodrigo Escobedo Robles

mayo 1991 - junio 1993

El vagabundo

El protagonista de nuestra historia es un ser único, distinto. Sufrió hace mucho tiempo una extraña experiencia que lo sacó del mundo que conocemos y lo proyectó hacia un lugar singular: la... Dimensión Descolorida.

En el silencio de la noche podía oír mi propio corazón como si fuera a salirse del pecho. Apenas me detuve a recuperar resuello cuando empezaron a oírse los ladridos de los perros. Miré en todas direcciones, pero no pude ver a mis perseguidores. Tan sólo unos instantes más tarde vi agitarse las oscilantes luces de las linternas: me habían descubierto.

Traté de dejarlos atrás, pero el cansancio estaba de su parte. Cuando al fin pude llegar al otro lado de la colina, la encontré ante mí: otra vez la alambrada. Quizá esta vez electrificada, o tal vez con un foso; pero allí estaba para impedir, una vez más, mi fuga.

¿Por qué me hacían esto? ¿Qué les había hecho yo?

Tan sólo quería salir de mi encierro, volver con los míos y ser de nuevo libre.

No debió pasar mucho tiempo, pero lo aprovecharon para caer sobre mí: primero los perros; luego, los vigilantes; y por último, mi carcelero.

Tenía mi misma faz, a pesar de su aspecto mayor. Jamás entablamos una conversación que fuera más allá de una sonrisa irónica por su parte y una mueca de amargura por la mía.

Me condujeron de nuevo a mi celda y me arrojaron sobre aquel camastro que, estaba convencido, se convertiría algún día en mi lecho de muerte.

Pude dormir algo; pero mi cansancio apenas se había mitigado cuando sonó intensamente un timbre cuyo ruido se clavó en mis tímpanos.

Instintivamente, traté de palpar en la dirección del sonido; pero el brazo que usé chocó con algo: era la pared.

En aquella oscuridad nada podía verse. Lo intenté ahora, con más facilidad, con el brazo izquierdo. Choqué con algo duro: sería una mesita de noche. A continuación, seguí palpando a la misma altura y descubrí un objeto alargado, pequeño y frío. Por más que lo recorría con mi mano no pude detener el sonido.

Seguí explorando el terreno y di con algo fino y vertical. Hallé también una especie de hebra gruesa. Al tirar de ella se encendió una luz que me deslumbró temporalmente.

Ahora podía ver el despertador; de modo que me resultó sencillo parar su desagradable timbre y tratar de despertarme del todo. Miré su superficie útil: no distinguía bien lo que ponía.

El objeto pequeño que encontré antes resultaba ser unas gafas. Me las puse y pude ver claramente la hora: las siete y unos minutos.

Me decidí a incorporarme y salir de la cama. Me pasé la mano por la cabeza para descubrir que mi cabello era pronunciadamente ondulado. Unas incipientes arrugas se habían establecido en mi frente: ¿preocupaciones o edad?

Una vez en el cuarto de baño fui consciente de varias cosas (aparte de la pequeñez del piso). Para empezar, era zurdo; y de esto me di cuenta sobre todo al lavarme los dientes. Después, sin gafas no puedo estar: miopía. Además, las arrugas eran de preocupación, seguramente, porque encontré varias hojas de informes (al parecer financieros) repartidas por varios lugares.

Teniendo en cuenta lo modesto del mobiliario, debo ser contable. Evidentemente, no tengo coche; porque si no, las llaves estarían en el llavero. Soy organizado, a juzgar por lo pulcro de la estancia. Entonces, ¿a qué viene este desorden en los papeles?

Los recogí todos y los puse en la carpeta que estaba sobre la mesa. El título era pomposo: *Análisis Exhaustivo del Estado de Cuentas de la Empresa*. Lo ojeé un poco, pero no entendí ni las conclusiones, que estaban en lenguaje común. Sin embargo, sabía que era importante.

Cuando ya iba por la calle, me di cuenta de que no había desayunado. Como no sentí la necesidad antes, supuse que era mi costumbre. Tomé el tren subterráneo y me dirigí a quién sabe dónde.

Justo cuando no sabía qué hacer, alguien dijo:

-¡Gumersíndez! ¡Que te pasas de parada, hombre!

Aquel hombre parecía más joven que yo, y su amabilidad acartonada me hizo pensar que no era más que un compañero de trabajo.

-Es que voy un poco dormido, ¿sabes?

-¡Un poco, dice! ¡Si yo hubiera tenido a la rubia que ligaste ayer, también iría dormido! ¡Quién lo iba a decir, el inocente de Gumersíndez, ja, ja, ja!

Me reí un poco, pero visiblemente por compromiso. Naturalmente, no recordaba más que la fastidiosa pesadilla de todas las noches, y nada anterior; pero no se lo iba a decir, por supuesto.

Salimos juntos de un vagón tan atestado como tantos otros y nos dirigimos hacia la bocanada de aire fresco del exterior. Justo enfrente estaba el edificio de la Empresa. El conserje nos saludó, pero me pareció que la mirada que me dedicó era más amable que la correspondiente para mi colega.